

ciudad del sol (1). Pero en la época de que hablamos, ingresaron en el ejército mercenarios extranjeros. Desde la época de Seti I, las inscripciones mencionan al «coronel de los pueblos extranjeros;» en tiempo de Ramesces II encontramos entre las tropas egipcias libios de las tribus de los qahaqs y de los maschauhachas, negros, y sobre todo el cuerpo de los scharდანas, hombres altos, vigorosos, procedentes de muy lejos por el mar (2), de tipo muy distinto del egipcio y provistos de armas extranjeras, tales como un escudo redondo, una espada de combate larga y puntiaguda y un yelmo de forma especial adornado con la media luna y una bola. Su nombre se parece al de Cerdeña, siendo muy posible que fuera su patria esta isla, habitada ya entonces por los fenicios (3): sin embargo, no hay que dar gran valor á esta semejanza de nombres, mientras no existan pruebas mas seguras. Los scharდანas eran un pueblo natural guerrero que habitaba muy lejos, en las playas del Mediterráneo. Sus hijos, atraídos por las noticias de los tesoros de Oriente y quizás contratados directamente por los marinos mercantes fenicios, se atrevieron á emprender aquella larga travesía para buscar fortuna á sueldo del Faraon, cuya guardia de corps constituían.

Es digno de notarse que los egipcios, apenas tuvieron que luchar con un enemigo de fuerzas iguales, no se atrevieron ya á confiar exclusivamente en sus fuerzas propias y acudieron á los mercenarios extranjeros para conservar su poderío. A ello contribuyó tambien, como hemos dicho, la circunstancia de que los reyes no podían tener absoluta confianza en sus compatriotas, y de ello es buena prueba el hecho de que en tiempo de Ramesces II fueron enviados un secretario con mil trescientos scharდანas, 520 qahaqs, 1,500 maschauhachas y 680 negros (4) para dominar los disturbios que habian estallado en las canteras de Hammamat entre las tropas indígenas (*na'aruna*).

A pesar de todo, seguían formando el núcleo del ejército egipcio las tropas indígenas, al frente de las cuales figuran los carros de guerra, que son los que comienzan la batalla y los que por regla general la deciden. El grueso de la infantería, que á la sazón toma con frecuencia el nombre semítico de *na'aruna*, «la tropa jóven,» divídese, durante las guerras de Ramesces II, en cuatro cuerpos que se designan con los nombres de «legiones de Amon, de Ra, de Ptah y de Sutech.» No sabemos si estos cuerpos estaban formados segun el distrito en que se les reclutaba, pero podría ser muy bien, dado que se les denomina por los nombres de los dioses de las diferentes partes del país.

Lo que Seti I hizo en el interior se refiere mas adelante. Su reinado no debió de durar mas de diez años (5), habiendo muerto en lo mejor de su edad, como lo demuestra su bien conservada momia. Su jóven hijo Ramesces II, que al ocupar el trono tendría unos veinte años (6), comenzó de nuevo

(1) *Mém. de la mission au Caire*, tomo I, pág. 17. En tiempo de Seti I, por ejemplo, Lepsius: *Monuments*, tomo III, 138 n, y en tiempo de Ramesces II, ídem, 175 b.

(2) Un texto dice que son antiguos prisioneros del rey.

(3) Véase Ebers en los *Annali del Instituto*, 1883.

(4) *Pap. Anastasi*, I, 17; véase Chabas: *Voyage*, etc., pág. 52. Para nosotros es indiferente que el suceso sea cierto ó que sea supuesto.

(5) La inscripción consignada en una estela de Abydos que segun Wiedemann data de su vigésimo séptimo año: (*Historia Egipcia*, 421, 1), pertenece en realidad á Ramesces XII (XIII), hablando del cual vuelve á citarla dicho autor (pág. 525, 2). La fecha mas alta que del reinado de Seti se conserva es de su noveno año.

(6) En la guerra cheta de su quinto año de reinado le acompañaron ya algunos de sus muchos hijos (de distintas madres) que entonces habian ya llegado á la pubertad. — La creencia tan extendida de que Ramesces II fué nombrado co-regente por su padre es errónea. Lo que dice la inscripción de Abydos (Mariette: *Abydos*, tomo I, pág. 5) acerca de la juventud del rey son frases estereotipadas sin valor alguno.

la lucha en Siria, asegurando en su primera campaña la soberanía de los egipcios en el país de los amoritas (Palestina septentrional) y avanzando por las costas fenicias sobre Beirut. En el muro de roca que por el lado Sur cierra el valle del rio del Perro (Nahr-el Kelb y antiguamente Lykos) mandó esculpir una tabla destinada á celebrar sus victorias y á fijar las fronteras de su imperio. Dos años despues colocóse al lado de esta tabla otra, y hay además un tercer monumento del rey que no lleva fecha alguna. Unos dos siglos mas tarde (en 1115 antes de Jesucristo) el conquistador asirio Teglat-Falasar I mandó colocar al lado de aquellas su tabla de victorias. Desgraciadamente todos estos monumentos, que llegó á ver Herodoto (II, 106), están completamente destruidos, de modo que casi no puede leerse nada de sus inscripciones.

Ningun otro dato preciso tenemos del curso de la primera campaña. Un himno que por aquel mismo tiempo hizo grabar un alto funcionario, en honor del rey, en una roca de Assuan, celebra su triunfo con las exageraciones de costumbre y dice que todo el mundo temblaba ante el monarca y que «Sangar y Cheta se inclinaban ante él.» Muy pronto debia verse cuán poco justificada estaba esta última afirmación.

En el quinto año de su reinado emprendió el rey su segunda «expedición triunfante,» dirigiendo esta vez sus ataques contra el imperio cheta. En Palestina no encontró resistencia alguna. La legion de Sutech se quedó «en el lago del país de Amur» (7), es decir, en el lago Genezareth, y el monarca con el resto de sus tropas penetró sin obstáculo alguno en Celesiria y atacó la fortaleza de Qadesch. Pero el rey cheta habia hecho sus preparativos, reuniendo todas las tropas de su imperio — los egipcios dicen que habia empleado todo el oro, toda la plata y todos los bienes del país para pagar á su ejército — y aguardando al enemigo en una posición bien defendida detrás de Qadesch. Por medio de dos beduinos que se fingieron desertores, consiguió llevar la confianza al ánimo del Faraon, el cual creyó lo que aquellos le dijeron, á saber: que el rey cheta, presa del miedo, se habia retirado al territorio de Chaleb y se encontraba al Norte de Tunip. En vista de esto, Ramesces avanzó sin temor alguno con la primera legion hácia el lado Oeste de la fortaleza Qadesch, atravesando el Orontes para perseguir al enemigo, mientras el grueso del ejército se quedaba en Schabatun para proseguir su marcha mas lentamente. Sucedió, pues, lo que el rey cheta habia esperado. A última hora, tuvo el Faraon noticia, por dos espías que cayeron en su poder, de la verdadera situación en que se hallaba é inmediatamente envió órdenes á las dos legiones que se encontraban en Schabatun, al Sur de Qadesch, y que estaban á punto de ponerse en movimiento; pero ya era tarde, pues el ejército cheta se precipitó sobre las descuidadas tropas atacando de improviso á la legion de Ra, que ocupaba el centro de la columna de marcha. La situación de los egipcios era sumamente crítica, pero el Faraon con su valor personal enmendó las consecuencias de su impremeditada conducta, pues poniéndose al frente de sus carros de guerra voló al auxilio de sus tropas y se lanzó sobre las huestes enemigas. El rey se alaba de haber luchado solo contra 2,500 carros de guerra que le envolvieron por todos lados sin causarle el menor daño. El dios Amon habia acudido á su auxilio agradecido á los muchos presentes sagrados que le habia ofrecido, y por esto pudo dejar tendidas en el suelo las hordas enemigas, irresistible como Ba'al, el que espanta, y como Sutech, el hijo terrible de Nut. Ramesces logró reunir las fuerzas de los egipcios y rechazar al enemigo, pereciendo en la lucha muchos de los mas ilustres caudillos ene-

(7) Papiro Raifet, última línea.

migos y siendo el resto empujado hácia el Orontes: el príncipe de Chaleb fué salvado á duras penas de la corriente por los suyos. Mientras esto sucedía, los soldados del tren consiguieron rechazar una invasión que los enemigos intentaron en el campamento egipcio. De esta suerte, lo que amenazaba ser derrota se convirtió en una victoria brillante, aunque probablemente muy costosa. La relacion egipcia dice que á la mañana siguiente el rey cheta, que no habia tomado parte personalmente en la lucha, «levantó las manos para implorar al buen dios (el Faraon)» y ofreció la paz á los egipcios.

En efecto, convínose por lo menos un armisticio: los egipcios conservaron ciertamente el campo, pero estaban indudablemente demasiado debilitados para proseguir enérgicamente la ofensiva. Ramesces II hizo conmemorar su victoria en muchos sitios por medio de dibujos y de escritos y cantar su valor en una larga poesía que se conserva en las paredes de los templos y en los manuscritos (1). En realidad la audacia y el valor personal del rey son dignos de encomio, por mas que sea una exageración ridícula la afirmación de que él solo y sin tener á nadie á su lado se lanzara en medio de los carros de guerra enemigos, decidiendo con esto la batalla. Este triunfo, sin embargo, no fué para él de ningun resultado positivo, pues fracasó su intento de destruir el imperio cheta.

Muy incompletas son las noticias que poseemos acerca del curso ulterior de la guerra. Solo una vez encontramos á Ramesces II en el Norte, combatiendo á los chetas en el país de Naharain, junto á la ciudad de Tunip. Este encuentro, sin embargo, no pudo tener consecuencias duraderas, pues posteriormente el Faraon únicamente lucha en Palestina, país que se habia rebelado abiertamente contra la opresión egipcia y que habia tendido sus brazos á los chetas. En el octavo año de su reinado conquistó el rey algunas ciudades palestinas, de las cuales conocemos Merom (en el lago Hüle), Karpu, en el territorio de Be'anan (despues perteneciente á la tribu de Neftali), y Dapur, en el país de los amoritas. Un gran dibujo del Ramesceum representa al rey acompañado de sus muchos hijos derrotando á los chetas de Dapur y atacando á esta ciudad, que está situada en una montaña y á la cual, quizás acertadamente, se ha pretendido buscar en el monte Tabor. En otra ocasión fué conquistada de la misma manera la rebelde Ascalon, situada en la llanura de la costa.

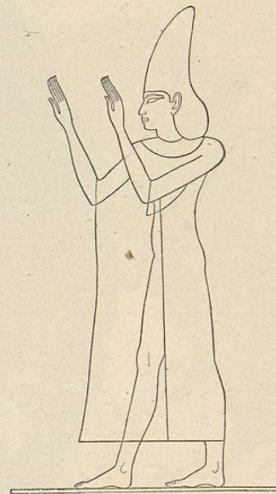
Estos datos, á pesar de su aislamiento, demuestran claramente que los egipcios solo á costa de grandes esfuerzos consiguieron conservar sus posesiones, y que los chetas no pudieron arrojarlos de Palestina. Así se explica que en definitiva se firmara una paz en la que ambas partes estuvieron conformes en reconocer el *statu quo*. Ignoramos cuándo se firmó y solo en parte sabemos qué porción de Siria conservaron los egipcios. Por los documentos de fecha posterior sabemos que les están sometidos los nómadas schasus, y que los castillos y pozos del camino militar de Siria se conservan en buen estado y están ocupados por tropas egipcias. A los egipcios pertenece tambien Gaza y, al parecer, el país de los amoritas, en el cual habíase levantado un castillo real (2). En cambio, Tiro está bajo el poder de reyes especiales á quienes debemos quizás considerar como vasallos del Faraon. No sabemos si el poder de éste se extendió mas hácia el Norte y por tanto si hemos de considerar como frontera entre el Egipto y el imperio cheta la línea que corresponde á la que despues fué frontera septentrional de Palestina ó el trozo de rio del Perro que pasa por Berut y al que llegó Ramesces II en los comienzos de su reinado. De todas maneras, es lo

(1) Seria de desear y de recompensar que se hiciera un trabajo sistemático de todas las relaciones y dibujos conservados, pues muchos detalles del suceso necesitan todavía ser aclarados.

(2) ¿Será esta la antigua fortaleza de Tutmosis III?

cierto que á los egipcios se les dejó en posesión del Sur de Siria, mientras que los chetas conservaron completa libertad de acción en el Norte.

Este convenio entre aquellos dos Estados que en sus sangrientas luchas habian aprendido á conocerse y respetarse como iguales, sirvió de base para un tratado de paz duradera, que pronto se convirtió en estrecha alianza. Esta evolución fué, segun parece, favorecida por la circunstancia de haber sido asesinado el rey cheta Mautener. Su hermano y sucesor Chetasir, en el año vigésimo primero de Ramesces II propuso al rey egipcio una alianza de paz y amistad, proposición que el Faraon aceptó con júbilo. El embajador chetite Tarsebu, en union con el egipcio Ra'mes, presentó en una ta-



El rey Chetasir saludando á Ramesces II (Abusimbel).

bla de plata al rey, que residía en la ciudad de Ramsés, por él fundada en el delta, el documento del tratado, cuya copia se ha conservado en gran parte (3). Los dos soberanos y los dos Estados firmaron paz y amistad eternas para sí, para sus hijos y para los hijos de sus hijos, quedando por consiguiente restablecido el antiguo tratado que se firmó en tiempo de los reyes Saparuru y Marsir. Ambos soberanos se obligaron á «no hacer ninguna incursión por los territorios del Estado vecino para robar algo.» Si algun enemigo extraño atacaba á uno de los dos soberanos, quedaba el otro obligado á correr á su auxilio ó por lo menos á enviarle su ejército y sus carros de guerra: la alianza no obligaba á prestarse ayuda en caso de una guerra intestina. Los súbditos rebeldes no podían ser amparados y nadie podía poner obstáculo á su castigo: cuando un vasallo de uno de los dos países hubiese huido al otro, no debía ser admitido en él, sino entregado á su soberano; pero el tratado contenía una cláusula adicional, en virtud de la cual se debía conceder al fugitivo una amnistía completa: sus bienes no podían ser confiscados; no podía

(3) Es muy característico el hecho de que en la introducción que los egipcios pusieron al documento se dijera, con la fanfarronería acostumbrada, que el rey cheta habia enviado la embajada «para implorar la paz á Su Majestad, el toro de los príncipes que coloca sus fronteras en todos los países allí donde mas le gusta.» El estilo del documento es naturalmente muy distinto, pues en él los dos príncipes aparecen con derechos completamente iguales. Estos hechos hacen que inspiren gran desconfianza frases como las que hemos reproducido mas arriba.

darse muerte á su familia y ni siquiera él podía ser castigado sino que debía ser absuelto. El tratado fué puesto bajo la protección de todos los dioses de ambos imperios, cuya maldición debía caer sobre los que lo violaran.

Este tratado estuvo en vigor durante muchos años, siendo cada vez mas íntimas las relaciones entre ambos Estados. Trece años despues de firmado, el rey cheta en persona visitó á su ilustre aliado y le entregó por esposa á su hija, que tomó el nombre de Nofru-Ra, «belleza de Ra» (1). De esta suerte se cumplió lo que, segun había anunciado al rey el dios Ptah, «es inaudito desde el tiempo de los dioses en la

misteriosa crónica en la casa de los libros, y no sucedido desde el tiempo de Ra hasta tí, que Cheta y Egipto tengan un solo corazón.» Para los egipcios fué un gran triunfo esta visita, en la cual el príncipe (*ur*) de Qedi acompañó á su soberano el rey (*ur'a*) de Cheta, y á sus ojos equivalió á una prueba de la omnipotencia de su soberano.

La paz entre Ramesces II y los chetites (1280 antes de Jesucristo) puso término á las guerras egipcias de conquista, pues desde aquel momento y con escasas excepciones los Faraones solo empuñaron las armas para defenderse. La naturaleza del pueblo y del país que había impuesto la paz ponía



Cabeza de la momia de Ramesces II.

un dique al afán de guerra de los reyes. Sin embargo, el recuerdo de los dos siglos y medio de luchas famosas quedó siempre grabado en la memoria del país y fué despues extraordinariamente embellecido, pues era preciso, cuando las fuerzas de Egipto estaban muertas, demostrar á los extranjeros que llegaban al país y lo explotaban, que los egipcios habían realizado en otro tiempo mayores hazañas que ellos. Por esto en el año 19 despues de Jesucristo los sacerdotes egipcios narraban á Germánico, hijo del emperador romano, las guerras del rey Ramesces, quien al frente de 700,000 hombres había sojuzgado la Libia, la Etiopía, la Media, la Persia, la Bactriana, la Escitia, la Siria, la Armenia y el Asia Menor, y le leían las listas de los tributos que en plata, oro, armas, ca-

(1) Con esto se relaciona una leyenda inventada en honor del dios tebano Chunsu, que explicaba cómo el rey Ramesces II, en una expedición á Naharain, se había casado con la hija del rey de Bechten, dándole el nombre de Nofru-Ra. Habiéndose sentido despues poseida del espíritu maligno la hermana de ésta, Bentesch, envióse á Bechten, á instancia del rey, al dios Chunsu, el cual arrojó al espíritu maligno; y habiendo querido el monarca retenerle, el dios le obligó, por medio de un milagro, á devolverlo á su patria. Esta leyenda está narrada en una inscripción muy discutida y de fecha posterior que se conserva en el Louvre. Antiguamente se la consideraba como histórica y se atribuía al tiempo de un supuesto Ramesces XII, que no ha existido y que no es mas que un homónimo de Ramesces II. Véase Erman: *Revista Egipcia*, 1883, página 54.

ballos, marfil, incienso, cereales y enseres domésticos había pagado cada pueblo al monarca. Estas listas son iguales á las que se han conservado de Tutmosis III: los sacerdotes, con premeditada intencion, identificaron á las naciones sometidas con los pueblos mas apartados y mas famosos de Asia. Los conquistadores egipcios fueron personificados por los griegos en la figura legendaria de Sesostris ó Sosis, de cuyas campañas en Etiopía y en las orillas del golfo Arábigo contra los sirios, tracios y escitas (2) — mas adelante se habla tambien de los indios — se cuentan cosas milagrosas. De esta manera nació la fábula de un gran imperio universal egipcio que abarcaba toda el Asia Anterior y una parte de Europa. Herodoto dice: «Cuando el rey Darío quiso colocar su estatua en el templo de Ptah, de Menfis, delante de la estatua colosal de Sesostris, el sacerdote no se lo consintió, pues Sesostris no había sojuzgado menos pueblos que Darío y además había vencido á los escitas, á quienes éste no había podido dominar: por esto era una injusticia el querer erigir su estatua delante del monumento de Sesostris sin haber realizado mas hazañas que éste. El rey perdonó al sacerdote tan atrevido lenguaje.» Este hecho no es histórico, pero demuestra la idea que los

(2) Herodoto relaciona con esto la hipótesis de que los cólquidos eran descendientes de los colonos egipcios, solo por creer que existe semejanza entre la figura y las costumbres de los unos y otros.

egipcios tenían formada de su pasado y lo que acerca de éste escribían los griegos.

Los modernos se han acostumbrado, sin razon alguna, á identificar á Sesostris especialmente con Ramesces II. Ya hemos dicho que Manethon ha pretendido haberlo encontrado en el rey Useres III, vencedor de Etiopía. En realidad, todos los príncipes guerreros egipcios de alguna importancia han contribuido á la formacion de esta figura legendaria, que no ha existido en la historia y á la cual se atribuyen las grandes construcciones llevadas á cabo por grandes masas de prisioneros, la construccion de los canales que riegan el país, la fortificacion de la frontera oriental de Egipto y la supuesta division de la poblacion en castas: en una palabra, Sesostris es para los griegos el soberano ideal del país.

CAPITULO VII

EL IMPERIO EGIPCIO EN TIEMPO DE RAMESCES II

Entre todos los reyes egipcios, Ramesces II es el rey de quien poseemos mas monumentos y mas documentos. En todos los puntos de Egipto y de Nubia mandó construir grandes edificios; muchos papiros que contienen, en parte actas y correspondencia y en parte obras literarias, han llegado hasta nosotros procedentes de su reinado. Pero á pesar del cúmulo de palabras que contienen los documentos de adoracion y de las pomposas frases de los relatos de batallas y de las inscripciones de los templos, nos es imposible representarnos una imagen viva de este soberano. Subió al trono siendo muy jóven y reinó hasta edad muy avanzada: los dioses le concedieron un reinado de 67 años. Despues de una juventud afanosa por luchar, tuvo un largo período de paz no interrumpida. La fisonomía de este monarca tiene una expresion apacible y casi afeminada y no carece de cierta sensualidad, y al contemplarla parécete á uno tener delante á un soberano bondadoso y dado á los placeres á quien, sin embargo, no faltan majestad ni energía. Así nos lo representa en sus juveniles años la estatua de Turin, obra maestra de la escultura egipcia; y que ésta, á pesar de la natural idealizacion, es reflejo fiel del natural, nos lo demuestra la cabeza de la momia, que nos lo ofrece casi vivo á nuestros ojos. En cambio, como todos los reyes egipcios que se dicen hijos de los dioses, carece de viveza, viéndose, no solo por la actitud en que el artista lo representa, sino tambien por la expresion general de su rostro, que el Faraon está sentado, sereno é indolente, entre los dioses. En Ramesces II vemos encarnada la figura del «buen dios.»

Lo que del rey sabemos parece estar en armonía con este retrato. Tan aficionado era á las emociones de la lucha como á los placeres de la vida; además de dos esposas legítimas, á las cuales vino á agregarse despues la hija del rey cheta, tuvo desde muy jóven varias concubinas, conociéndosele 111 hijos y 59 hijas. Segun dicen las inscripciones, era muy amante de su familia: sus esposas y sobre todo sus hijos están repetidas veces representados en las paredes de los templos y en estatuas. Tambien atendió á la memoria de su padre, continuando los edificios por éste comenzados y adornando su sepulcro, lo cual no fué óbice, sin embargo, para que sustituyera en muchos puntos el nombre de su progenitor por el suyo propio. En cuanto á los soberanos mas antiguos, todavía tuvo con ellos menos miramientos, pues nadie como él practicó la costumbre tan seguida por los posteriores Faraones de usurpar antiguos monumentos reemplazando en las paredes de los templos y en las estatuas los nombres de sus antecesores por el suyo. A lo sumo puede su hijo ser comparado en esto con él. Esto depende de que en ningun rey se desarrolló desde tan jóven

como en Ramesces el sentimiento de la omnipotencia faraónica. En efecto, con frecuencia suma parece como si realmente se tuviera por un dios, y eso que ya tenemos en cuenta el estilo cancelleresco tradicional. Que ya gobernó sabiamente el país de Egipto; que siendo todavía niño, su padre le confió la soberanía; que cada uno de sus oráculos se realizaba inmediatamente; que los consejeros del Faraon se admiraban de la sabiduría de sus palabras; que el rey estaba en trato íntimo con los dioses y que, por ejemplo, no tenía mas que pedir á su padre, el dios Nilo, que brotase agua en la montaña desierta para que en seguida saliera un manantial: tales son las afirmaciones y las frases que encontramos en sus monumentos, y si bien se hallan tambien hablando de otros reyes, nun-



Cabeza de la estatua de Ramesces II que se conserva en Tu-in.

ca las vemos empleadas en número tan extraordinario. Este monarca se hizo construir templos dedicados á sí mismo no solo en Nubia, donde — como Amenhotep III — se hizo erigir muchos santuarios como dios tutelar del país, sino tambien en la ciudad de Ramsés, recientemente fundada en el delta, en la cual fué adorado como patrono al lado de Ra, de Ptah, de Amon y de Sutech.

Conocida nos es ya la magnitud del imperio que el rey gobernó durante dos generaciones. En Asia apenas se había reconquistado una tercera parte de las posesiones de Tutmosis III y de su sucesor: tampoco se hablaba ya de un protectorado sobre las islas y colonias de los fenicios, respecto del cual con razon guardan silencio los monumentos. En Africa, el estado de cosas no había variado; de suerte que la provincia de Nubia llegaba por lo menos hasta Napata y aun quizás mas allá por el lado Sur, y los tributos que pagaban los países negros y que consistían en ganado, esclavos, oro, marfil, ébano y otras cosas preciosas seguían afluyendo al tesoro del Estado, amén de los leones, panteras, jirafas, avestruces, babuinos y otros animales raros (1). Es muy dudoso que de las distintas pinturas de las paredes de los templos, en las cuales Ramesces II vence á los negros ó libios de la tribu de los tehenu, pueda deducirse que tuvo algunas escaramuzas con estos pueblos. Las canteras y las minas del desierto que se

(1) Véase, por ejemplo, el dibujo de Bet-el-Walli en el Museo Británico, en el cual el príncipe de Kusch, Amenemapati, hijo de Pauer, ofrece al rey este tributo.